



REDACCION Y ADMINISTRACION,
O'Reilly, 54, entre Habana y Compostela.

SEMANARIO SATIRICO.

DIBUJANTE CARICATURISTA,
Victor P. de Landaluze (D. Junipero.)

AÑO 1.º

PRECIOS DE SUSCRICION EN LA HABANA.
UN MES, \$1.—SEIS MESES, \$5.25—UN AÑO, \$10.
Número suelto: 25 Cents.

HABANA 16 DE OCTUBRE DE 1870.

PRECIOS DE SUSCRICION EN EL INTERIOR.
TRES MESES, \$3.75—SEIS MESES, \$7.—UN AÑO, \$12.75
Número suelto: 30 Cents.

NUM. 50.

SUMARIO.

TEXTO.—Menestra semanal, por JUAN PALOMO.—Una sesión de la Junta Cubana, por JUAN DE AUSTRIA.—El equinoccio, por JUAN DIENTE.—Gibraltar, por FEDERICO BELLO CHACON.—Pequeñas cónsulas, por JUAN DANDOLO.—Bocetos á la pluma, por G. B.—La era cristiana, por JUAN CAMAMA.—Cuentos de manigua: La partida de la muerte, por JUAN SIN-TIERRA.—Sartenezos.
CARICATURAS, por DON JUNIPERO.

MENESTRA SEMANAL.

Permite, lector amable, que JUAN PALOMO abandone hoy por un momento su buen humor y dé rienda suelta al sentimiento que embarga su ánimo, por la inmensa catástrofe que acaba de sufrir una de las más bellas y más ricas poblaciones de esta isla.

No voy á repetir detalles que todo el mundo conoce; no hay para qué hacer una nueva relación de los desastres sufridos, porque todo el mundo los lleva ya fijos en su imaginación y con afán se han buscado las cartas y los periódicos que daban cuenta de ellos. ¿Quién no ha lamentado ya profundamente las pérdidas sufridas? ¿Quién ha dejado de elevar una oración por los que han perecido?

Si JUAN PALOMO tuviese una buena noticia que dar; si conociese un hecho favorable en medio del infortunio, se apresuraría á comunicarlo á sus favorecedores, lleno de gozo, porque entre tantos sinsabores, debe producir extraordinaria satisfacción ser el primero en dar una noticia favorable, en señalar el primer eslabon que se rompa en la ya interminable cadena de desventuras que tienen el ánimo abatido; pero desgraciadamente, nada hay que atenúe la pena que produjo la primera noticia; por el contrario, cada vez son más dolorosos los detalles que recibimos, cada momento que pasa, toma á nuestros ojos mayores proporciones la catástrofe.

Callemos, por lo tanto, sus tristes pormenores.

JUAN PALOMO tiene muchos y muy buenos amigos en Matanzas; amigos á quienes no olvida en estas fatales circunstancias y á los que asegura que estará en su puesto, para procurar por todos los medios posibles que la filantropía haga menores los estragos del huracán y enjuguen las lágrimas del infortunio.

El pueblo de la isla de Cuba no necesita, afortunadamente, de excitaciones para practicar el bien, y buena prueba de ello son la espontaneidad y diligencia con que se han abierto suscripciones, que en muy poco tiempo llegarán á una suma respetable; por eso JUAN PALOMO no hace más que llevar el aviso á todas partes, hasta el último rincón, de que ya hay un nuevo motivo de ejercitar la caridad, de

que ya está empezada la recolección de los donativos que han de aliviar la adversa suerte de nuestros hermanos de Matanzas.

En cuanto á la hermosa Cárdenas, que también ha sufrido los rigores del temporal, aunque no tan intensamente como la ciudad de los dos ríos, lamentamos sus pérdidas no pequeñas; pero tenemos que congratularnos de que no hayan salido ciertos los siniestros rumores que corrieron, respecto á la suerte que le había cabido en la borrasca.

Triste, muy triste es ver destruidos grandes intereses materiales; pero no habiendo que lamentar la pérdida de las vidas, entran fácilmente en el ánimo el consuelo á la esperanza de que los descalabros materiales se reponen con el tiempo.

Busquemos horizontes más claros: veamos si hay un punto de color de rosa donde fijar la vista, que está harta ya de contemplar sombras.

¿Dónde encontraremos ese punto?

Quizás á estas horas la Europa podrá presentarlo; quizás en las orillas del Rhin y del Mosela reverdezca ya el olivo de la paz. Pero el telégrafo que es el encargado de traernos tan grata nueva, calla como un muerto: está como si lo hubieran dejado cesante de su empleo.

Un día nos dijo con mucho misterio: se han reanidado las negociaciones para la paz, y desde entonces no ha vuelto á decir: esta boca es mía.

Ha hecho lo que en el lenguaje de bastidores se llama un *bolo*. Sale un *parte de por medio*, dice cuatro palabras, que dejan aterrados al galán, á la dama, y á tres ó cuatro espectadores de las galerías y muy furioso al apuntador, porque regularmente se equivoca el *artista*.

Esas cuatro palabras cambian por completo la acción del drama, preparando el desenlace; son por lo tanto de importancia suma. Las peripecias á que pueden dar lugar alteran el sistema nervioso de las niñas sensibles, por falta de novio. Y entretanto, el actor, llamado *parte de por medio*, que tales estragos ha causado, sin tener conciencia de su importante misión, se quita el colorete de las mejillas, envuelve en un papel de estraza el bigote postizo, y hace *mutis* por la puerta falsa, después de cobrar una pesetilla ó dos por su trabajo.

Eso, ni más ni menos, ha hecho el alambre submarino.

¡Quiera Dios que haya sido *bolo* y no *bola* lo que ha representado!

Pero dijo más que eso, la última vez que tuvo el humor de hablarnos.

Dijo que la Rusia estaba haciéndose fuerte en el Báltico; que estaba, como si dijéramos, echando unas medias suelas, para pasar el charco.

Dijo que numerosos cuerpos de ejército se colocaban en la frontera, con intención, sin duda, de tomar el fresco.

Dejó comprender que las cosas del día quitaban el sueño al Emperador Alejandro.

¡No es nada lo del ojo; robarle el sueño á un Czar!

A V. le quitan el sueño las chinches, y quema el catre.

El catre sobre que descansa el poder del emperador moscovita es el equilibrio europeo: ¿qué cosa más natural que quemar el catre!

Dicho y hecho: ahí van miles de miles de hombres y centenares de barcos: ahí van fusiles de un nuevo sistema, que no solamente matan cincuenta hombres en un minuto, sino que además llevan la noticia á la familia del muerto: ahí salen ametralladoras perfeccionadas, que de un solo disparo echan por el suelo las tres cuartas partes de un regimiento y á los que han quedado en pie los dejan con un disgusto atroz.

Y todo esto para arreglar bien la cosa; para restablecer el equilibrio sobre sólidas bases; para dejar la Europa como una balsa de aceite.

Me explico bien las cavilaciones del emperador ruso.

—Hombre, se diría al principiar la campaña, me alegraré que les peguen á los franceses, porque el disgustillo aquel de Crimea aun no lo he podido decir y necesito verlo vengado.

Cualquiera creería que habia de quedar satisfechísimo con el giro que han tomado los asuntos; pero ¡caracoles! y la preponderancia que adquiere el rey de Prusia!

—Yo deseo, dirá para sus adentros el Czar, que Guillermo se trague á Napoleon y toda su familia, pero que no engorde: que Francia pierda, pero que no pierda: que Prusia gane, pero que no gane.

Una cosa así es lo que falta á un inventor en el arte de la guerra: el medio de que pierdan la batalla los dos ejércitos; de que ambos sean vencidos.

El que haga este descubrimiento, puede esperar una buena propina del emperador Alejandro.

¡Pobre emperador! comprendo sus cavilaciones. Cómo es posible tener tranquilidad al ver que entre dos naciones que están en guerra, hay una de ellas, que gana y otra que pierde!

¡Imposible!

Explico perfectamente la situación de Ale-

jandro, por la de aquel individuo que estuve quince noches sin poder pegar los ojos, porque á un vecino suyo le había sacado el sastre corto un chaleco.
¡Es claro!

JUAN PALOMO.

UNA SESION DE LA JUNTA CUBANA.

Dilin..... dilon..... dolon..... don!
—Me cargan las campanas, porque no hacen más que repetir el *don* aborrecido de los españoles. No hay quien les haga decir *Ciu... da... da... no*.
—Son resabios de la tiranía.
—Oh! los pueblos no pueden aclimatarse desde los primeros momentos á las áuras de la libertad. Esas lenguas metálicas.....
—Vamos, Ponce, no suelte V. ahora la suya, que si no es de metal, es pesada.—Se abre la sesion.
—¿De qué vamos á tratar hoy?
—Pues... deseo..... de mandar armas y municiones á nuestros hermanos de Cuba.
—Me ocurre un pensamiento luminoso. No me parece bien que continuemos llamándoles *nuestros hermanos*: ese nombre puede dar lugar á epigramas y malas interpretaciones. Estoy seguro de que los españoles están recordando á cada instante que hermanos fueron Cain y Abel, y sin embargo..... Nada, nada, debemos llamarlos nuestros *primos*.
—Feliz inspiracion! Hombre, no sabia yo que tenia V. tanto talento!
—Digan ustedes, y yo tambien seré *primo*!
—Claro está, Sr. Aldama, de todos nosotros.
—Primo mio!
—Primo mio! (*Se abrazan con efusion, y Ponce enternece le saca dos pesetas que llevaba en el bolsillo Aldama.*)
.....
—Cuba será libre!
—Quién lo duda? La union hace la fuerza, y unidos como estamos por un solo pensamiento y una sola voluntad, somos invencibles.
—Pero, caballeros, vamos á tratar del objeto que nos tiene reunidos.
—Tratemos.
—Señores; se hace indispensable que enviamos á Cuba otra nueva expedicion. Una casa nos ofrece un vapor que debemos comprar.....
—Oh, sí! desde luego, comprarlo, comprarlo..
—De eso se trata; pero para eso se necesita dinero.....
—Claro está, hombre, qué cosas tiene V! entre caballeros como nosotros, y *ciudadanos* además y miembros de una Junta, y sobre todo patriotas, y liberales, y salvadores de la patria, como somos, no se habla nunca de dinero.
—Está muy bien; pero quién lo dá?
—Cualquiera, hombre, cualquiera; Aldama por ejemplo..... eso es material.
—Poco á poco, yo pagué todas las anteriores.....
—Pues por lo mismo; ya tiene V. la costumbre y casi lo hace V. sin sentir.
—Nada; de eso no se habla más; V. paga y se acabó.
—Quién irá de jefe?
—Cisneros.
—Calle V. por Dios, hombre: valiente bribon ha nombrado V!
—Pues Valiente.
—Ni pensarlo; ese es capaz de cualquiera barbaridad.
—Si nos paramos en esos escrúpulos, no hay jefe posible.
—Que vaya Quesada.
—Si vá Quesada no doy un cuarto.
—Entonces que sea Osorio.
—Ese es un *sinvelgüenza*.
—Y Camacho, les gusta á ustedes?
—De ningun modo; ese no es patriota ni es nada.
—Pues nombraremos á Cristo.
—Aunque se empeñe Cristo, no vá Cristo en esta expedicion.
—Pues, señores, no hay medio de entendernos.
—Cómo que nó? la union de pensamiento es cabalmente nuestra divisa.
—Dejaremos esta cuestion para la sesion próxima.

—Convenido. ¿Vé V. como estamos de acuerdo?

.....
—Hace calor.
—Ca! si el tiempo está fresco.
—Está regular: ni muy frio ni muy caliente.
—Usted se conoce que no pertenece al partido *radical*: está por los términos medios.
—Soy de parecer que entre nosotros no se debe de hablar de partidos.
—Es claro: estamos unidos por un solo pensamiento.....
—Y qué hay de Cuba?
—Que seguimos triunfando. Allí el mal que hay es que el gobierno, ni es gobierno ni es nada. Céspedes es un canalla y todos los de la Cámara unos.....
—Hombre, á propósito: la *Liga de señoras* celebra hoy sesion, y la Secretaria me ha pedido algunos apuntes sobre la guerra.
—No me hable V. de esa mujer: estoy de ella y de sus banderitas hasta la coronilla.
—Yo tengo ya una bandera en la boca del estómago.
—Bueno; pero es necesario, para entretener á las mujeres, decirles algo de efecto. Dirémos que los españoles se han comido..... ¿cuántas criaturas dirémos que se han comido?
—Eche V. por alto, que eso hace muy buen efecto.
—Justo, y necesitamos recaudar algunos fondos.
—Pero, hablando de otra cosa: qué clase de armamento adquirimos para la expedicion?
—Del mejor.
—Mire V. lo más convenientes es que me dé Aldama el dinero y yo lo compraré.
—Nó, más vale que me lo dé á mí, que soy amigo de un fabricante.
—Pues á mi mujer le hace el amor un revendedor de fusiles.
—Yo soy el que debo comprarlo.
—Pues soy yo!
—Yo!
—Yo! (*Momentos de confusion. Ponce mete los dedos en el bolsillo de Aldama, pero no encuentra más que un mondadientes.*)
.....
—Hace calor!
—Mucho!
—Hace calor *de duro*!
—Y qué les parece á ustedes el baile español que hay en el teatro?
—Magnífico? Cuidado que aquella chica tiene agilidad!
—Y gusto!
—Yo aplaudo todas las noches á rabiar.
—Pero, señores, consideren ustedes que es una cosa española á la que dirijen esos elogios.
—Canario, es verdad! Pues es menester decir que lo hacen muy mal.
—Caballito; si no se puede ver!
—Y no volvamos al teatro ninguno.
—Ninguno.
.....
—Cuba será libre!
—La union es la fuerza, y lo que es nosotros no podemos estar más unidos.
—Oh, sí!

JUAN DE AUSTRIA.

EL EQUINOCCIO.

No quiero hablar del que tan crueles recuerdos acaba de dejarnos y que tantas lágrimas cuesta á la bella Matanzas: no quiero tampoco echar á broma lo que es tan sério y tan triste.
Me remonto á otras regiones, dejando en éstas el corazón para que sienta las desgracias de mis semejantes, y la voluntad para que trabaje en favor de los que sufren.
Uno y otra pertenecen á los desgraciados; pero la pluma pertenece á los suscritores que quieren en los escritos tanta alegría, que cada letra parezca un par de castañuelas y cada palabra un chiquillo en noche buena.
Tienen razon y están en su derecho los suscritores; y allá vá la pluma, que yo desearía que estuviese construida en la fábrica de la *sandunga* y el *salero* y mojadita en la lengua de un andaluz, para que el contento rebo-sara hasta por la punta de los cabellos.
Discurramos.

Siguiendo el sol su marcha (que no es marcha; con perdon sea dicho del Sr. Josué, cuya importancia echó por la arena Galileo) llega anualmente á un punto, donde parece que hay empeño decidido en no recibirlo bien, y se arma la de Dios es Cristo en cuanto llega á las puertas.

Uno y otro y otro año ha sucedido lo mismo, y lo que es más, todos nosotros sabemos que continuará sucediendo en adelante; y el mismo sol está persuadido de ello, y sin embargo, persiste en su empeño con una tenacidad verdaderamente *hulana*.

Yo no sé si el *astro rey* lleva casco acabado en pico; pero si sé que el *rey atroz*, que es hoy el sol que más deslumbra, tiene la cabeza de piedra berroqueña como aquel, y se halla tan *hulanamente* empeñado como el otro en atravesar un punto, donde es imposible llegar sin que se desencadenen los elementos.

¿Y qué elementos!

Llegamos á la época prefijada para que el sol pase por el trópico: todo el mundo se precave á fin de evitar los estragos del temporal; atrancan las puertas de su conciencia las potencias neutrales; echan un candado al bolsillo, los que aún tienen bolsillo; se atan los cabos que más pungen por estar separados; se apuntalan los árboles de la ciencia y del progreso, que son los que más sufren con estas sacudidas; se nubla el horizonte de la paz, que ya andaba bastante averiado, y la sociedad permanece á la expectativa del trueno gordo que se prepara.

Todo hace presumir que está muy cercano el instante. El barómetro baja, por un procedimiento muy sencillo. Se coje un cañon, se le dispara á las piernas; vuelan las dos y el individuo baja, haciendo el oficio de piés lo que ántes eran rodillas.

Ya no es necesario el mercurio: basta el plomo; y si es hierro, tanto mejor para los cálculos.

¿De dónde soplará el viento?

¿De qué se disfrazará el huracan?

Tal vez de ruso: tal vez de pueblo indignado que rechaza al que atenta contra la integridad de su territorio; tal vez de conciencia..... Nó; por esta parte no hay peligro: estos últimos trajes se han acabado ya desde hace tiempo. Desde que la Alsacia y la Lorena parecen baratas, costando la vida de 300,000 hombres.

¡300,000 hombres! Casi nada, una pajita que se lleva el huracan!

Ese huracan que precisa, irremediabilmente ha de levantarse, para que el *Sol* cumpla su capricho de atravesar el trópico.

Se acerca el momento y ya empiezan á presentarse nubarrones en el horizonte.

Nubarrones en forma de escuadras en el Báltico y de ejércitos en la frontera.

Nubarrones en forma de *Czares* indignados y oliendo á chamusquina.

Así son las nubes de última moda: las que recomiendan los figurines llegados recientemente de la que fué capital del mundo elegante y hoy lo es del miedo á los hulanos.

El equinoccio se acerca á pasos agigantados: boca á tierra todo el mundo y esperanza en el porvenir, que no tiene de *hulano* más que la rapidez con que avanza.

Uno de esos grandes trastornos de la naturaleza, un equinoccio sin duda, es lo que en la Historia Sagrada se designa con el nombre de diluvio universal.

No se acabó entonces el mundo, porque se habian hecho adelantos de gran importancia en carpinteria; y corta por aquí, asierra por allá, clava por acullá, se construyó un arca, donde se salvó todo lo que convenia que se salvase para que el mundo, libre de los malos, pareciese en lo sucesivo una balsa de aceite.

La tormenta ha vuelto á arreciar; construyamos, pues, otra arca, si no queremos ver cómo perece la humanidad, arrasada por la ambicion de algunos, que sube ya más de cuarenta codos sobre las más altas ambiciones.

Esa arca, en vez de llamarse de *No-é*, podrá llamarse de *Si-erre ó Si-erré*, para darle una pronunciacion más fácil; y en ella podrian encerrarse ejemplares, macho y hembra, de muchas cosas que están próximas á perderse.

Por ejemplo.

El valor indomable de los Napoleones y el valor intrínseco de los mismos *napoleones* con *ene* minúscula.

La palabra del rey acabado en *embudo*.

Los bichos de la manigua.

La manigua de los bichos.

El Verde que sirve de complemento á D.^a Emilia.
Por último, y entre otras muchas cosas, un equinoccio artificial, que es lo único que en el arte de la guerra falta á las naciones para sostener el equilibrio europeo.
JUAN DIENTE.

GIBRALTAR. (1)

Allí está esa ciudad, mancha afrentosa,
para el manto real de las Españas,
avara meretriz, sirena odiosa,
que el Estrecho abortó de sus entrañas!

Allí, envuelta en sus hábitos inmundos,
sin placeres, virtud, ni fé, ni altares
recibe los tributos de dos mundos
y contrasta la furia de dos mares.

Allí, encerrada en su fatal recinto,
llena de andrajos y apilando oro,
con inquietud y con la espada al cinto,
vela por su existencia y su tesoro.

Coloso de insolente poderío,
de duro corazón y de alma helada,
tiende altanero con furor sombrío
sobre la España su fatal mirada.

Nada le preguntéis: nada os diría;
que esa ciudad, en su silencio austero,
no dá consuelo al triste en su agonía
ni palabras de amor al extranjero.

No llameis á esas puertas, dó su asiento
tiene fijado la infernal sospecha.....
Allí el poder os roba vuestro aliento,
y vuestros pasos la inquietud acecha.

Y guarda allí, cual mercader astuto,
la llave de dos mares el britano,
siendo de su codicia el negro fruto
fuente de duelo para el noble hispano.

Que allí, dó alzado del engaño en brazos
clavó el leopardo inglés su corva garra,
el acero español, roto en pedazos,
lanzó al mar la africana cimitarra.

Que esa ciudad, dó con fatal cinismo
la fé se compra y el poder se rifa,
vió á un *Guzman*, que con santo patriotismo,
perdiendo un hijo, conservó á Tarifa.

Que al pié de ese peñon el ponto hirviente
reflejará la enseña vencedora
que llevará Colon al Occidente.
Por eso España lo contempla y llora.

Mas ese llanto que su angustia mide,
no es tan solo una queja lastimera:
ese es el llanto que venganza pide,
ese es el llanto que venganza espera.

Y venganza tendrá, sí, porque el cielo
no deja impune la infernal malicia,
y hay para cada llanto su consuelo,
y hay para cada crimen su justicia.

Gibraltar! Gibraltar! en sus enojos
se sácia el alma de amargura, al verte,
y exhala entre recuerdos y sonrojos
mil pensamientos de rencor y muerte.

Ah! cuando apuro con dolor prolijo
de nuestros males la colmada copa,
mi pensamiento rápido dirijo
á ese cabo fatal, punta de Europa.

Y siempre como sombra maldecida,
mi pensamiento por dó quier te halla,
bajo el robusto Calpe guarecida,
del ancho mar incontestable valla!

Y se cruzan del alma las miradas
con tus miradas duras y sombrías,
y oigo, cual insultantes carcajadas,
la salva de tus dobles baterías!

(1) JUAN PALOMO debe la publicacion de esta poesia á un secuestro literario hecho en las regiones oficiales.—El Excmo. Sr. Capitan General de esta Isla, D. Antonio Caballero, que en medio de los áridos estudios de su carrera militar, cultivó la literatura patria, y que es entusiasta de las bellas letras, era amigo íntimo del malogrado autor de esta poesia, D. Federico Bello y Chacon. Con él vivió en Madrid en la juventud del poeta, y allí recogió las primicias de sus cantos, de los cuales hoy ofrece JUAN PALOMO á sus lectores una preciosa muestra.

Mas por qué España con dolor te mira,
bajo su inmensa angustia anonadada,
y se cruza de brazos, y suspira,
sin requerir su fulminante espada?
Por qué así se resigna con su suerte?
De tal silencio su baldon arguyo!
No hay vidas mil, con que comprar tu muerte?
No hay un cañon, con que apagar el tuyo?

Ah! calleemos más bien! Se han eclipsado
de nuestra gloria los radiantes soles,
y con llanto no más me han contestado
todos los corazones españoles.

Tú gozas, *Gibraltar*, de esas afrentas,
que causa son de nuestro amargo lloro,
y al Africa vecina se las cuentas
para consuelo del vencido moro.

Falsa reina del férvido elemento,
indeleble borron de nuestra historia,
tranquila empañas con tu impuro aliento
de veinte siglos la radiante gloria.

Sí; porque son tus pérfidos señores
los que tienen la fuerza entre sus manos,
que tienen oro para ser traidores,
y tienen hierro para ser tiranos.

En ellos se desaguan á millares
de la riqueza y del poder los rios,
porque quiebran la espalda de los mares
bajo la quilla de sus cien navios.

Mas tiembla, *Gibraltar!* teme que rota
la valla que la oprime en su letargo,
vierta España en tu frente gota á gota
de sus rencores el licor amargo.

Teme que el fuego, que su seno oculta
há tantos años, con fragor reviente,
y que ese mar, que tu bandera insulta,
se tiña con la sangre de tu gente.

FEDERICO BELLO Y CHACON.

PEQUEÑAS CAUSAS.

Eso es: escriba V. un título que la casualidad le coloca en la punta de la pluma sin que V. se aperciba de ello, y échese después por esos trigos de Dios en busca de asunto con que justificarlo, siquiera sea mal. Al más pintado le regaló la tarea.

Si yo fuera poeta, podría pasar el rato invocando á las nueve hermanas, llamándolas por sus nombres y apellidos, describiendo sus gracias, echándoles piropos á porrillo, y haciendo otra porcion de tonterías, mientras venia alguna bienhechora inspiracion á sacarme de este atolladero en que hasta las cejas estoy metido: así nadie repararía en mi apurada situacion, y yo cubriría las apariencias.

Hasta los perros han repetido ya el célebre *eureka* del inmortal Arquimides: de lo contrario *eureka!* exclamaría yo ahora con toda la fuerza de..... mi pluma de Maillat—número 10, *pointes extrafines*, para servir á ustedes;—pero me contentaré con escribir: «me salvé,» lo más claro que me sea posible, para que ustedes lo lean sin tropiezo.

Pues sí, señor, me salvé. Con motivo del estado de perenne revolucion en que se halla la atmósfera durante estos sabrosos dias de huracan y otros excesos, me está pinchando un callo con una constancia digna de más noble empresa. Esto, como es natural, atrajo mis reflexiones sobre el cuerpo del delito y, ya lo he dicho, me salvé. Voy á probarlo.

El origen de los callos, se pierde en la noche de los tiempos; pero autores dignos de crédito, no vacilan en admitir como muy fundada la hipótesis que los hace contemporáneos de las sandalias, de las cáligas y de los zapatos. Además, consta oficialmente que Adán no tenía zapatos ni callos.

Los callos han ejercido poderosa influencia en los destinos de la humanidad, han representado un papel muy principal en los grandes cataclismos sociales. ¡Cuántos imperios, cuántos pueblos, cuántas razas les deben su desaparicion!

Y no me vengan con la vulgaridad de que los historiadores no los mencionan para nada, ni se han acordado nunca del santo de su nombre; porque ese argumento probaría, cuando más, que los callos han sido víctimas de un injustificado olvido, cual tantas cosas y personas, que á pesar de su notoriedad, se han quedado en los tinteros de los historiadores.

Yo quiero, pues, sacar á los callos de la oscura noche del olvido en que yacen: yo quiero cantar sus hazañas, quiero desplegar ante los atónitos ojos de la humanidad el espléndido cuadro de los... desatinos que han hecho cometer. Tal vez de este modo me capte su benevolencia, y consiga que, siquiera por delicadeza, hasta los ojos de gallo, que no pueden ser peores, me miren con buenos ojos. ¿Quién dice que no hay razon para tanto? A fé

que ménos tenía «La Hija del Yumuri» para endosar á un cantor muy conocido..... en su casa, estos dos versos, cuya *grandiosidad* me ha dejado bizco:

«Tú que grandioso en la estacion del suelo,
Soberbio atleta intelectual del mundo.....»
Y sin embargo, se los endosó y nadie dijo: esta boca es mia. Sigo, pues, en mis trece, y canto á... los callos.

¡Oh géneos del Manglar, de la playa del Chivo y de Carragua! ¡Musas de la loma del Cuzco! Venid en mi auxilio, inspiradme. Mirad que os lo pido con mucha necesidad, y dispensadme si os invoco en prosa, y mala, porque, en verdad sea dicho, musas y géneos que tantos esperpentos habeis inspirado, no sois dignos de mejor llamamiento.

No tomaré las cosas de muy arriba para evitar vahidos: no necesito remontarme mucho para poder salir tal cual de mi empeño, justificando hasta las heces el título con que tuve la maldita ocurrencia de bautizar estas líneas.

Rómulo y Remo—no se asusten ustedes—hermanos gemelos, huyendo del trato brutal de los pastores que se gozaban en bailar la jota sobre los callos que el cielo, en su inagotable misericordia, habia concedido á los dos mellizos, fueron á parar á las orillas del Tibet, precisamente al mismo sitio en donde habian sido abandonados, recién nacidos, por orden de Amulio, y allí mismo echaron los cimientos de Roma, de esa Roma que estaba llamada á ser la señora del mundo.

Y lo fué; y sus triunfantes legiones recorrieron la tierra, llevando consigo la civilizacion, es verdad. Pero fijando la atencion en el magnífico periodo de la dominacion romana, véanse largos siglos de sangre, y lágrimas, y ruinas y pavesas: véanse pueblos que desaparecen, ciudades que se derrumban, imperios que se hundecen: véase el testamento «delenda est Carthago» del príncipe de los oradores..... Demonio! No habia reparado en que me iba poniendo más serio que un poste.

No salgamos de esta época histórica. Los callos de Rómulo y Remo fueron fecundos. En el trascurso de los siglos produjeron monstruos del calibre de Vitelio, de Calígula, de Caracalla, de Neron, etc. Neron, que apático y dulce mientras sus piés no sintieron la múltiple barrena de los callos, trocóse en hiena cuando empezó á *sabor* este deleite: hiena que aspiraba gustosa el cálido vapor de la sangre humana; hiena que se gozó en contemplar por tierra las palpitantes entrañas de su propia madre; hiena que por pura distraccion ordenó el incendio de Roma, y colgando luego el milagro á los cristianos, disfrutó con delicia del espectáculo de una manzana en gran escala. Caracalla, que mató á su hermano Geta—que debía ser muy feo,—y á todos los amigos de este; y ordenó el saqueo de Alejandría porque..... el pavimento desigual de sus calles le irritaba atrozmente unos ojos de pollo como unos soles que en ambos piés tenía. Calígula..... pero dejaré á un lado los monstruos, y buscaré otra clase de gente.

Viriato, pastor primero, ladrón después, se rebeló contra los romanos y adquirió nombre inmortal. ¿Saben ustedes la causa de su rebelion? Voy á decírsela: fué un pisoton que sobre un callo le descargó un jefe de policía, muy bruto por más señas, estando en conversacion tirada con él, cierta mañana de cara más fea que las que usan los mambises.

Pisoton fué este que costó muy caro á los pretores C. Vitelio, C. Plaucio, Claudio Unimano y C. Nigidio Tigulo; y al fin hizo perecer desastrosamente al mismo Viriato á manos de un mambí, quiero decir, de un asesino, que para el caso es igual. Oh! si entonces hubieran existido las *limas japonesas!*

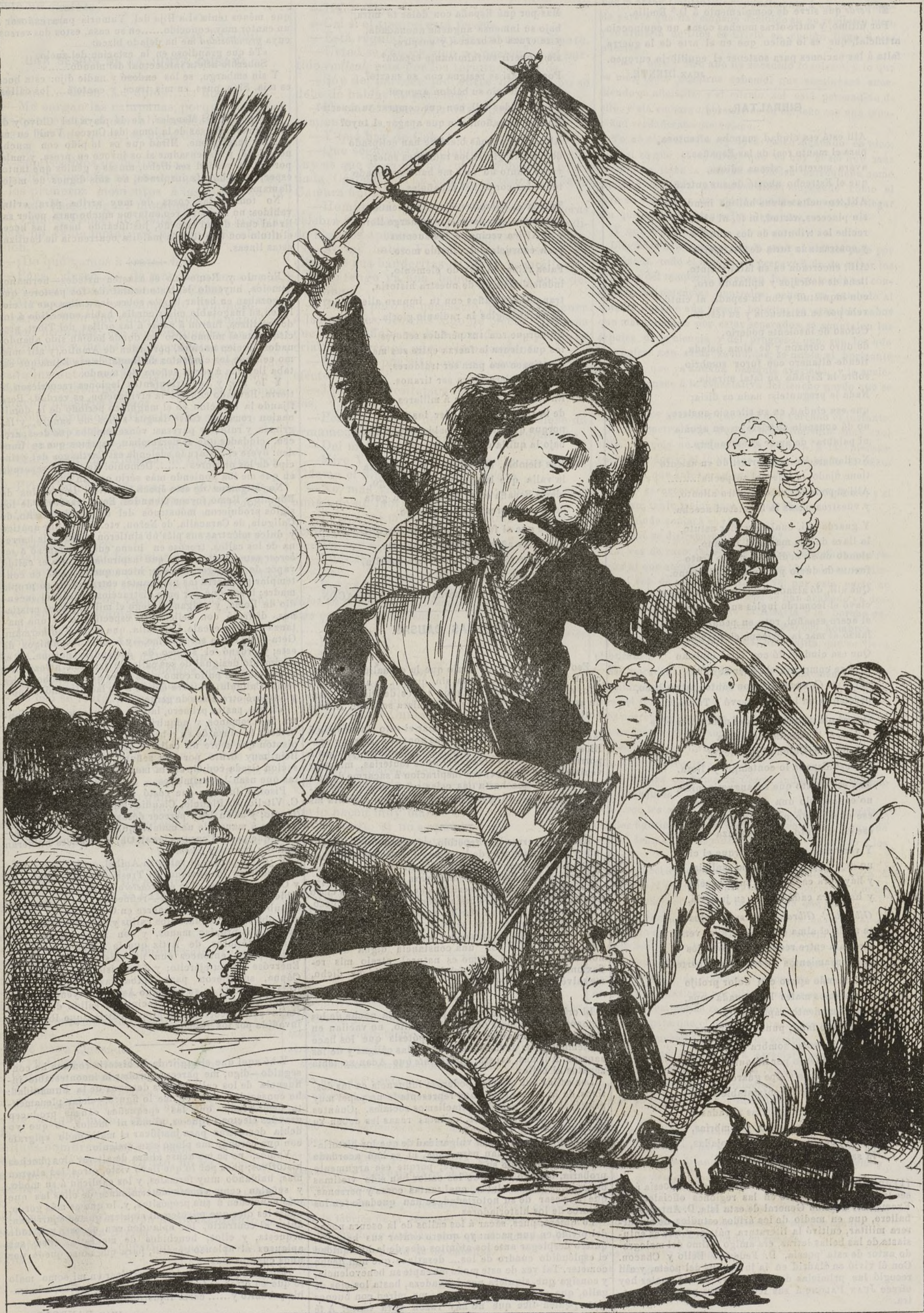
Y ¿quién perdió al valeroso Aníbal, quién? Sus callos. Vencedor de los romanos en Tresin, Trebia, Trasimeno y Cannas, hubiera sido el *cachetero* de Roma, si una terrible inflamacion *callística*—refinemos el vocablo—no le hubiese obligado á detenerse en Cápua, con el exclusivo objeto de mondarse los callos y ponerles esparadrapo con sus propias manos, y con la ayuda de unos cuantos fósforos de Artiz que le habia regalado un *guagiro*; que entonces aun no existian los pedicuros. Enervóse allí su ejército; y á las históricas delicias de Cápua, sucedieron para Aníbal las dos derrotas de Nola, la muerte de su hermano Asdrúbal, yendo á auxiliarse; y por último, su precipitada salida de la bella Italia para socorrer á su propia patria, que iba á ser invadida por los romanos.

Y hé aquí que sin salir de la historia romana he conseguido—digo, me parece,—probar la incontestable influencia de los callos en los destinos de la humanidad: he conseguido—esto es, me lo figuro,—dejar plenamente demostrado que las «pequeñas causas producen grandes efectos,» que es, ni más ni ménos, lo que yo debia demostrar para justificar el malhadado epigrafe con que coronar me plugo este artículo.

Vamos, no se me acuse ahora de alterar los hechos históricos; pues por lo que llevo visto, otros los alteran más, hablando muy formales, y los explican á su modo, y señalan como causas determinante de ellos las que más convienen á sus propósitos, y, lo que es más gordo, nadie les dice que mienten, ni siquiera que se equivocan; ántes al contrario, los aplauden con frenesí y á toda orquesta, y ellos, henchidos de modestia, unen sus aplausos al aplauso general, para que no se quede por unos cuantos más.....

¿Por qué, pues, se habia de criticar en mí como malo lo que en otros es bueno, brillante, espléndido, admirable y bonito y..... caro? Injusticia sería, vive Dios.

JUAN DANDOLO.



EL REBUZNO DE YARA.



SU ANIVERSARIO. (1870.)

BOCETOS A LA PLUMA.

VICTOR HUGO.

Hé aquí un nombre que es un talisman. Apenas le pronuncio, no hay un solo lector que no prorumpa en una exclamación: todos conocen al poeta, todos saben su historia, todos han admirado sus creaciones.

De pequeña estatura, casi enano, se ha formado un pedestal sobre la humanidad. Ha hecho á su siglo grande para elevarse sobre él, y de esta suerte, contemplando el pasado y el porvenir, se ha convertido en poeta del mundo.

Victor Hugo es la humanidad bajo la forma de la inspiración.

Sigámosle en su vida para comprenderle.

Nace de un matrimonio que lleva en su esencia el contraste, la lucha.

Un descendiente de una noble familia, se deja fascinar por la revolución del 93, y renunciando á sus blasones, busca la nueva gloria como un simple soldado voluntario de la República.

Pero el soldado ama á una mujer que vive en el seno de una familia archi-realista: era vendeana. Sus corazones se unen, pero sus creencias no se amalgaman.

De esta unión nace Victor Hugo.

Su padre adora la libertad, su madre venera la memoria de los reyes perseguidos por el infortunio.

Mientras el padre, convertido en general del imperio, lucha por aumentar la gloria del capitán del siglo, su madre, en el silencio del hogar, conmueve á su hijo con las desgracias de los infortunados soberanos, le fascina evocando los recuerdos de las suntuosas solemnidades de la corte. El niño ama á la vez el trono, en el que vé la potestad de hacer bien, y la libertad.

¿Y por qué no había de amar á un mismo tiempo la libertad y el poder? ¿Son por ventura incompatibles?

Estos dos sentimientos forman su alma: el amor no tarda en hacerle comprender la vida.

Mientras su padre lucha, él estudia en el convento de los Feuillantines, casi al lado de la que más tarde debía ser su esposa.

El año de 1811, cuando apenas tiene nueve de edad, sale del seno de su familia y llega á España.

El Seminario de Nobles, hoy convertido en hospital militar, ha tenido bajo su techo á Victor Hugo.

El cielo de España dió los más ricos colores á la paleta del artista.

Su primera poesía brotó en Madrid.

A los catorce años escribió una tragedia.

En unos Juegos Florales ganó los tres premios que debían adjudicarse á los autores de las tres mejores poesías.

Chateaubriand le llamaba *enfant sublime*.

Lamartine, el poeta que empezaba á ser mimado por Francia, notaba que después de haber sido sol, aquel joven poeta le relegaba á desempeñar el papel de luna melancólica, y se dignó transigir, llamándole su amigo.

Tantas emociones, tantos aplausos en los primeros años de la vida, debían desarrollar de una manera prodigiosa la inspiración del poeta.

Al mismo tiempo, para consolarse de las heridas que recibía su alma, tenía el amor de su compañera de la infancia, que debía ser la compañera de su vida. Mujer sublime, que conquistó con su candor el primer latido de su corazón.

Ha sido el único amor de Victor Hugo: por eso no hay ejemplo de una felicidad conyugal como la suya.

Su primer pesar fué el día de su unión. Apenas salieron del templo, reemplazaron á las lágrimas de la alegría las del dolor.

Victor tenía un hermano llamado Leon, el cual se había enamorado perdidamente de la joven que amaba á su hermano. Ocultó su secreto, y el mismo día de la boda se volvió loco.

Algunos meses después murió.

Esta desgracia hirió una nueva fibra del corazón del poeta.

Pero la gloria no tardó en cicatrizar la herida.

Victor Hugo comprendió el gran papel que estaba llamado á desempeñar.

La literatura necesitaba una revolución, como la había necesitado la Francia algunos años antes.

No eran compatibles las artificiales tragedias que se representaban en el teatro con las ideas del 93, que se respiraban en la atmósfera.

La revolución estaba entonces en el sentimiento de todos los franceses.

El combustible estaba preparado: solo faltaba la chispa que debía producir el incendio.

Esta chispa fué *Hernani*.

La primera representación de este drama fué uno de los más grandes acontecimientos de la literatura universal.

Súplicas, amenazas, declamaciones de todo género se levantaron contra el poeta que entraba en el templo del arte arrojando el falso ídolo, y colocaba en su lugar la inspiración del génio.

La batalla se dió.

El entusiasmo del auditorio rayó en delirio.

Los espectadores sostuvieron una encarnizada lucha: con decir que hasta se fueron á las manos, está dicho todo.

A partir de aquel momento, Victor Hugo, joven aún, fué proclamado jefe de la nueva escuela. En torno suyo se reunieron todos los jóvenes de talento, y su casa de la Place Royale, donde se formó el famoso cenáculo, no tardó en ser un verdadero templo del romanticismo.

En aquella época tuvo entre sus apóstoles un Júdas. Sainte-Beuve, que después de haberle criticado amargamente, se presentó á él como uno de sus más entusiastas admiradores, puso los ojos en el ángel de aquella casa.

Desde entonces cayó al abismo que se abrió á sus pies, y su loca ilusión solo sirvió para estrechar más y más los lazos de aquella familia, que en la prosperidad y en la desgracia ha sido y sigue siendo la admiración de todos.

Victor Hugo, no contento con el cetro del arte y de las letras, aspiró á ser político.

La revolución del 30 desarrolló en su alma el sentimiento de la libertad. Más tarde, el rey Luis Felipe le nombró par de Francia, y París, la ciudad de París, amante de sus glorias, le llevó á la Asamblea constituyente después de la revolución del 43.

El poeta fué entonces tribuno.

El 2 de Diciembre fué desterrado de Francia.

En el destierro escribió su libro *Napoleon el pequeño*, que era el guante arrojado á la frente del César francés y su enseñanza de guerra á muerte.

En él decía que el deber de los Representantes que recibieron el juramento de 20 de Diciembre de 1848, hecho por Napoleon, era

«Alzarse eternamente ante el traidor mostrándole su juramento.»

Victor Hugo ha cumplido con tal rigor lo que él creía un deber, que muerta su esposa, acompañó su cadáver hasta su entrada en Francia, pero no pasó la frontera, despidiéndose allí de restos tan queridos, y dando á luz con este motivo una carta que bien puede decirse que fué copiada por todos los periódicos del mundo.

Derribado el imperio y prisionero Napoleon en Sedan, volvió á su patria después de 20 años de destierro.

La entrada de Victor Hugo en París, fué objeto de una ovación inmensa, indescriptible.

El pueblo entero se agolpaba á la estación del ferrocarril, y no bien puso el pié en tierra el anciano proscripito, hizo oír su voz, pronunciando un discurso arrebatador, como todas las creaciones de su talento.

JUAN PALOMO transmitió á sus lectores, en tiempo oportuno, las principales frases de ese discurso.

¿Para qué necesito recordar todas las creaciones que han brotado de su pluma?

Es inútil.

Bug-Jargal, El último día de un condenado, Nuestra Sra. de París, Pico-Pin, Los Miserables, Los Trabajadores del Mar, Ruy Blas, El rey se divierte, Marion Delorme, Hernani, Las Odas, Las Orientales, Las Hojas de Otoño, Los cantos del crepúsculo, Las voces interiores, Los rayos y las sombras, La Leyenda de los siglos, Los cantares de las calles y de los bosques, son un monumento imperecedero.

No hace mucho que un escultor quiso esculpir la figura del gran poeta en una montaña. La piedra es poco para perpetuar su memoria: el monumento que necesita, él se lo ha fabricado.

Ha encerrado á la humanidad en sus libros, y durarán lo que ella dure.

Desde 1852, su vida en Guernesey ha sido harto conocida.

Desde esta isla, con su palabra y su pluma fué el sosten de toda causa noble.

Sereno, impasible, llorando solo al recordar su patria, pero feliz porque su génio le daba por hogar el mundo; en el seno de la honrada y amorosa familia que ha formado, vió deslizarse las horas con la satisfacción del que cumple con un deber.

Todos trabajaban á su lado; su esposa, ya difunta, que ha escrito y publicado la vida del gran hombre, recogió las frases, adivinando las ideas, contando las esperanzas y asistiendo á los sucesos de la privilegiada existencia que vive del amor y de la gloria, y sus hijos pintaban ó escribían.

Victor Hugo adora la música; su esposa era una artista, y no había melodías que más agradasen al poeta, que las que nacían de las modulaciones producidas en el piano por los inspirados dedos de su adorada compañera.

También pinta el autor de *Ntra. Sra. de París*, y dá más importancia á cualquiera de los fantásticos dibujos que traza sin saber cómo, porque ni siquiera ha aprendido á dibujar, que á la más acabada de sus obras.

Todo en él se reúne: génio, carácter, amor y gloria. La envidia ha llegado hasta él como las olas hasta la orilla, sin traspasarla.

Su trabajo le proporciona la estimación del mundo y la fortuna que contribuye á su bienestar doméstico.

Todos los hombres de corazón, lo mismo el rey que el mendigo, son sus hermanos.

El tiempo le respeta; las canas que cubren su frente son como la nieve que cubre la montaña.

Una idea poética, una felicidad humana, la ocasión de hacer un bien, son otros tantos rayos de sol que convierten la nieve en arroyos y la montaña en vergel.

El patrimonio del poeta es la juventud.

Una sola debilidad tiene el grande hombre: la debilidad de las cartas. Y si solo escribiera para condenar infamias, para predicar la abolición de la pena de muerte, pase; pero no hay poeta ramplon, novelista pretencioso, ni marisabidilla entrometida que no tenga en su poder un autógrafo de Victor Hugo, diciéndole que es suyo el porvenir.

Es más, y siento consignarlo aquí, porque es un lunar en la clara inteligencia del gran escritor: hasta á la ridículamente célebre Doña Emilia Casanova ha dirigido una carta.

Pero si fuera completo no sería humano, y, como he dicho al principio, él es la humanidad encerrada en el arte.

G. B.

LA ERA CRISTIANA.

CAPITULO XX.—1970.

(CONTINUACION.) (1)

Cien veces han mudado sus hojas los árboles.

Y los mortales pudorosos ó civilizados, sus vestidos de invierno y de verano.

Cien veces se han saldado en el comercio las cuentas anuales y abierto los libros para el año siguiente.

Cien veces también se ha cantado la Misa del Gallo en los pueblos católicos, y se ha roto la piñata y se han abierto los cursos académicos y las legislaturas (en los pueblos que tienen gobierno representativo.)

Cien veces se ha representado esa alegórica desaparición del caduco año que arrastrando su lengua y nevada barba, marcha á reposar en el panteón que el tiempo edificó para sus antecesores, al aparecer por el oriente la clásica chichonera con que trata de preservarse de corcorones el nuevo é infantil renacuajo que nace en Enero y muere en Diciembre.

Cien veces (y esta es la última,) la raza latina, y sobre todo los franceses, han recordado, como aquel á quien se escuece, la filípica que la raza germánica, ó sea los prusianos les dieron en Metz, Strasburgo y Sedan.

Si han pasado cien años, que son la vida de dos generaciones modernas; cien imperceptibles granos de arena, arrojados al Sahara del pasado con el más frío desden por la mano automática del tiempo.

El presuntuoso siglo XIX, que con sin igual inmodestia se apellidó á sí mismo *de las Luces*, debiendo apellidarse *de los vicios*; que si bien realizó algunos adelantos en las ciencias, dignos de mejor aplicación, retrogradó de una manera visible en el perfeccionamiento moral de

(1) Aunque no haya tenido principio.

la humanidad, aparece ante el severo juicio de los hombres pensadores de 1970, como un viejo calavera que, dotado de alguna chispa, ha perdido lastimosamente su tiempo en locos proyectos; en inventos que aunque útiles algunos, la mayoría han sido aplicados á infernales máquinas de destrucción; en *rumbantelas*, donde ha gastado su dinero y el ageno, *é ainda* sus fuerzas vitales; en ridículos duelos basados en locas pretensiones de conquista y en susceptibilidades monárquicas, y que por último, ha muerto agobiado por los remordimientos del que, pudiendo hacer *mucho bueno*, ha hecho *mucho malo*.

¡Qué sonrisa más burlona veo dibujarse en los labios de los adolescentes del siglo XX al leer la historia íntima del siglo XIX!

¡Con qué significativo encogimiento de hombros se enteran los imberbes sábios de 1970, de las *pequeñas miserias* que causaron las delicias de sus antecesores!

Hombres políticos y atrevidos economistas de radicales escuelas; ilustrados publicistas; diplomáticos de talla; filósofos materialistas y espiritualistas; eminencias de la cátedra, el foro y la tribuna; invictos guerreros; osados navegantes; toda esa pléyade, en fin, de celebridades clasificadas por sí misma, van pasando en silencioso desfile por ante el tribunal de los que han de hacer el juicio crítico de sus actos y dar su fallo con la severa gravedad que debe suponerse en los hombres de 1970.

¡Qué magnífico cuadro será el de ver á los engreídos nietezuelos, censurando ágríamente las locuras de abuelito!

¿Qué podrá ser el mundo en 1970 que no lo haya sido en 1870?

Hé aquí una pregunta, para cuya contestación se necesitaría estar dotado no solo de la ciencia de Sócrates, Timeo, Platon y demás sábios, sino también de sus facultades intuitivas, pero á la que ni por eso dejaré de contestar, *según mi leal saber y entender*.

El mundo en 1970 tendrá, á mi juicio, el mismo juicio que el de 1870. El cuadro patriarcal de la familia, estará arrinconado como *arpa vieja*; las virtudes cívicas y las virtudes sociales andarán de Ceca en Meca buscando una colocación decente, que no hallarán; la agricultura, la industria y las artes, estarán casi abandonadas, porque los hombres, siendo como serán, no se ocuparán en otras cosas más que en ilustrar á las *futuras edades*, en plantear sistemas de gobierno, que harán de los gobernados unos seres verdaderamente felices y en recordar (con las astutas tijeras de la diplomacia ó con las sangrientas de las modernas ametralladoras) el mapa de las naciones, remendando y añadiendo el de las unas con los recortes sacados del de las otras, lo cual será un criminal plagio de 1870, de 1770, de 1670 y de todos los *miles y seientas* que se cuentan desde la era cristiana y ántes de la era cristiana.

Pero ¡á qué meternos en más *dequilibrios ni repulgos*? El hombre será siempre hombre y la mujer, mujer; con lo cual, dicho se está, que habrá siempre amores y celos; pretensiones y calabazas; ruinas y desafíos, y todas las calamidades que son inherentes á la humana consistencia.

Los crímenes del siglo XIX y de los siglos anteriores, estereotipados en la historia de la humanidad, sin más diferencia que la forma, serán redimidos por los hombres del siglo XX, con la abolición de muchas aberraciones de la antigüedad que aún existen hoy.

¡Quién pudiera vivir en 1970, con 30 años de edad, una regular fortunilla y..... lo pasado, pasado.....!

JUAN CAMAMA.

CUENTOS DE MANIGUA.

CUENTO TERCERO.

LA PARTIDA DE LA MUERTE.

XI.

No puede ponerse en duda que la situación en que se encontraba Luciano Godoy era por demás crítica, y que cuanto le sucedía era bien extraño. Contra lo que él temía, con fundamento, apenas salió de su casa Alejo Alcántara, echó la cabeza en la almohada y se quedó profundamente dormido; pero aquel sueño que tan beneficioso debía ser para el cansancio de su cuerpo y para el abatimiento de su espíritu, produjo una fuerte excitación en su sistema nervioso, por cuanto se vio acometido por una pesadilla, consecuencia natural de la lucha que venía sosteniendo con su imaginación. Diversas sombras,

envueltas en nubes, unas de color de fuego y otras de color de sangre, se aparecían á su acalorada fantasía, dándole esta el aspecto de verdad con que suele revestir el sueño sus concepciones vaporosas.

La sombra de su padre, manando sangre por las heridas abiertas todavía, le pedía venganza; á su lado la figura fantástica de Valentina le tendía los brazos llamando con la piedad á la puerta de su noble corazón; la figura de Ramon Losada, con alas, corría delante de sus ojos, amenazadora y sarcástica; un montón de esqueletos hacinados en el suelo, hacían crujir sus huesos como los cangrejos en la playa, se revolcaban entre sangre y lodo, y le apuntaban con las falanjes descarnadas de los dedos, anunciándole la ley de represalias; una multitud de cabezas se agitaban en las nieblas, queriendo lanzarse sobre él como el pueblo en aquella noche; y para que nada faltase en el cuadro, aparecía á lo lejos una cruz de madera encima de un sepulcro abierto, y de la fosa salía una cara en que Luciano veía sus propias facciones, haciéndole burla. El infeliz daba vueltas en el lecho, pidiendo casi á gritos la muerte ó el despertar que desvaneciese aquellas sombras; pero la muerte no acudió en su auxilio y el sueño lo tenía rendido para gozarse en su tormento.

Los primeros rayos de la aurora que entraron por las rendijas de la ventana hirieron tan profundamente sus párpados, que los entreabrió, volviendo al momento á cerrarlos, porque era tal la preocupación de sus sentidos á causa de la pesadilla, que las sombras, contra lo que parece posible, se iluminaron como si una luz de bengala hubiese enviado sus rayos para hacer más fantástico el cuadro que atormentaba al comandante de *La partida de la muerte*. Seguía este soñando despierto en una especie de enajenación mental; pero cuando la razón pudo dominar su ser, cuando una idea aclaró sus sentidos conturbados, hizo un esfuerzo para sobreponerse, y avergonzándose de aquel temor pueril, el hombre de valor dió un salto, como queriendo afrontar el peligro y pelear cuerpo á cuerpo con los fantasmas que le perseguían.

El sol entraba ya en la alcoba é hirió de lleno las pupilas de Godoy, marcando entonces en sus labios la sonrisa del desden con que los valientes desprecian el miedo, miró á derecha é izquierda, todavía con cierto mal disimulado recelo, y notó que los muebles de la habitación estaban en su puesto, no delatando la presencia de ningún huésped importuno que los hubiese desarreglado. Luciano se sonrió con más expansión, y frotándose los ojos, murmuró estas dos palabras significativas:

—¡Qué noche!.....

En seguida se dejó caer en un sillón, y cruzándose de brazos, púsose á meditar sobre todo lo que había agitado su sueño, consiguiendo de ese modo que las sombras de la noche apareciesen de nuevo, en pleno día, discurrendo entonces con más fundamento, pero siempre atormentándose el cerebro. Es decir, en aquel instante, soñaba despierto, y esto prueba que las pesadillas no son más que un fenómeno de la imaginación, que sorprenden al hombre porque no se dá cuenta de su estado. La preocupación del ánimo sobre una idea fija que hace desvariar al que no duerme, no es más que una pesadilla parecida á la locura; y si esto es verdad, como nadie podrá negarlo, todos los hombres hemos estado locos muchas veces en la vida.

A distraerlo de su enajenación entró en la alcoba uno de sus criados, presentándole una carta que le produjo un estremecimiento semejante al que le habían producido todas y cada una de las sombras de su pesadilla de aquella noche; en el sobre había conocido la letra de Valentina Losada, y aún sin mirar el sobre ¿no había de anunciarle el corazón que aquel papel le hablaba de su amor? Las cartas de los amantes trascienden como los pomos llenos de esencias; estas se anuncian por el olfato, y aquellas se anuncian por el instinto del alma, que se subleva siempre á la simple vista del papel impregnado del riquísimo aroma del amor.

La carta de Valentina era muy corta, como lo son todas las cartas del amor verdadero. Para escribir mucho se necesita discurrir, y el amor no discurre; el amor se sácia en el papel, dejando algo á la imaginación que vive del misterio, que es su poesía. El amor es como las esencias fuertes: basta una gota para causar la sensación; mucha cantidad produce el desvanecimiento. Hé aquí lo que Valentina escribió á su amante:

«Valor, Luciano mio! Te escribo en el silencio de una

noche terrible, en que más que nunca necesito comunicarme contigo, porque adivino que estarás despierto, sufriendo mucho y pensando en mí. En esta situación crítica te llevo una ventaja que tu corazón apreciará en lo que vale; pienso en tí, solo en tí; y tú repartirás tu pensamiento entre la mujer que amas y los hombres que aborreces; pero disculpo ese robo que me hacen de la mitad de tu pensamiento, porque tienes motivos para estar exasperado; pero ármate de valor, que la virtud triunfa siempre.

«Las almas nobles obtienen la recompensa de sus buenas acciones, y ya recibes en pago de tu generosa conducta mi gratitud y mi bendición. ¡Ten valor como yo, Luciano! Las puertas de tu prisión se abrirán pronto, porque Dios no abandona á los hombres virtuosos, y acuérdate de que en tus tribulaciones hay un corazón que palpita por tí, un alma que te ayuda á sufrir, y unos labios que perennemente elevan al cielo su plegaria por tu felicidad. ¿Quieres más? Pues es toda tuya—*Valentina*.»

La medicina no tiene en sus numerosas fórmulas regeneradores del espíritu; gracias que la ciencia alcance á vigorizar las fuerzas perdidas del cuerpo; el alma no está sujeta á la acción de los secretos de la farmacopea, y por eso, todos los médicos del mundo no hubieran conseguido devolver á Luciano el vigor perdido en la lucha tenaz con su pesadilla, que lo había agobiado por espacio de muchas horas; pero aquella carta que rebotaba puro sentimiento y amor exquisito alcanzó el triunfo. No debo ocultar á mis lectores el efecto producido por ella; Luciano estampó sus labios en el papel y lo colocó después sobre el corazón, como si quisiera derramar en él todo el tesoro de cariño que Valentina le enviaba, ó acaso para evitar que se evaporara con el contacto del aire impuro que respiraba en su prisión.

La amistad es á veces importuna; y entonces lo fué, á juzgar por el gesto que hizo Godoy al ver entrar en la habitación á Alejo Alcántara; guardó aquel la carta de Valentina, y aceptó la mano de su amigo, que entró diciendo:

—Mucho has madrugado, querido Luciano; y yo también, pues por primera vez en mi vida he dormido mal; lo cual no debe extrañarte, porque salí anoche muy disgustado, considerando que por mi culpa estás preso. Aquí me tienes, resuelto á abrirte las puertas de tu casa, convertida en cárcel; y no te esfuerces en convencerme, porque no aguardo un minuto más. ¿Has encontrado el medio de arreglar la cuestión sin perjuicio de ninguno de los dos? Difícil me parece.

—Siéntate, Alejo, y ten calma y prudencia, que ambas cosas exige la situación en que nos encontramos. No quiero engañarte: no he podido coordinar mis ideas para salvar tu compromiso, porque he sufrido mucho esta noche.

—Mi conciencia no me permite aguardar, mi querido Luciano.

—Pues aguardarás, porque es preciso.

—Ponte en mi lugar.

—Además, Alejo, me ha asaltado una duda.

—Explicáte.

—¿Cómo pudiste poner en libertad á Ramon Losada sin que los centinelas que lo custodiaban no fueran cómplices de semejante atentado?

—Recuerda que me entregaste el prisionero en el ingenio cuando salió de tu habitación, después de tu entrevista con él.

—¡Qué locura!..... ¿Y Losada creyó que al dar ese paso cumplías una orden mía?

—No lo sé; pero nada te importa, puesto que él no ha de venir á delatarte.

—Pero mi conciencia.....

—Tranquilízate, amigo mio, porque sabes que estoy dispuesto á salvarte del peligro que corres. En este momento voy al palacio del Gobernador, y dentro de una hora ocuparé tu puesto. Nada me digas en contra, porque es cosa resuelta, y ya me conoces.

Disponíase Alcántara á salir, y el comandante corrió á detenerlo, cogiéndolo por el brazo.

—¡Espera! ¡no seas loco! Considera que tu declaración te entregaría sin defensa en manos de la justicia, mientras yo á nada me espongo, porque no hay quien pueda acusarme con pruebas.

—¡No, Luciano! ¡tu libertad es primero!

—¡No te dejaré salir!

—¡Serán inútiles tus esfuerzos!

Alcántara trató de desprenderse de los brazos de su amigo, que luchaba por sujetarlo, y cuando iba a poner el pié en el umbral de la puerta, una mano se apoyó en su pecho y una voz extraña le dijo:

—¡Alto!

Alejo y Luciano se quedaron sorprendidos al ver entrar un joven de barba cerrada, muy negra, y con un traje no muy limpio, que á primera vista anunciaba habia llegado del campo.

—¿Qué es esto? dijo Alcántara mirando á su amigo.

—No sé, contestó el comandante.

—¿Quién es V? ¿Qué busca V. aquí? preguntó Alejo, encarándose con el que habia llegado.

—Vengo á cumplir con un deber de conciencia; vengo á pagar una deuda de gratitud.

—Esa voz... murmuró Luciano.

—¿Qué busca V. aquí? repitió Alcántara.

—Vengo á poner en libertad al comandante de *La partida de la muerte*.

—¡En libertad! exclamaron los dos jóvenes.

—Sí.

—¿Quién es V., caballero?

El recién llegado se arrancó la barba negra, que era postiza, y presentó la fisonomía agradable de un joven, muy joven.

Alejo y Luciano dejaron escapar un grito, diciendo:

—¡Ramon Losada!

—El mismo soy.

Alcántara corrió á la puerta, y echó el cerrojo por dentro.

JUAN SIN TIERRA.

(Continuará)

SARTENAZOS.

SUSCRICION PARA LAS VICTIMAS DEL HURACAN.

Abundando en los mismos deseos que todos sus compañeros de la prensa, JUAN PALOMO abre una suscripción en sus oficinas para socorrer á las víctimas de la catástrofe que todos lamentamos.

Los que gusten inscribir sus nombres en la lista que hoy empezamos, pueden dirigirse á la administracion de este periódico:

LA REDACCION DE JUAN PALOMO.....\$ 50

* *

He leído en *La Gaceta* una disposicion del Excmo. Sr. Gobernador Superior Político, sobre las desgracias de Matanzas.

Es una sola disposicion y merece un millon de elogios.

Un millon y me quedo corto. Soy franco; me gusta ver ejercida la autoridad, como sabe hacerlo el General Caballero de Rodas.

* *

Los aragoneses residentes en esta capital, celebraron el miércoles último la fiesta anual religiosa que dedican á su excelsa patrona la *Virgen del Pilar*.

El templo de santa Teresa estaba completamente lleno de devotos de uno y otro sexo, formando una distinguida concurrencia; un elocuente sermón, pronunciado con la facilidad y admirables dotes, tan conocidas ya por el pueblo habanero, en el distinguido orador sagrado R. P. Mora, y una numerosa orquesta, dirigida por el Sr. Trias, completaron el esplendor de esta sagrada fiesta, en la cual se repartieron profusamente grandes estampas de la imagen patrona de Zaragoza.

Concluidas las ceremonias religiosas, todos los convidados pasaron á la casa, inmediata al templo, donde habita el Sr. D. Miguel Campillo, Alcalde Mayor del distrito de Belén, y allí, segun costumbre de años anteriores, les fué servido un excelente desayuno, fijándose para el domingo próximo, la comida campestre, que tambien anualmente se celebra en honor de la *Pilarica*.

Juan Soldado, por sus afinidades con Aragon, y otro Juan, aunque gallego, por su devocion á la capitana de la guardia aragonesa, concurrieron á esta festividad y están convidados á la bucólica que tendrá lugar hoy en Marianao, y prometen á ustedes darles cuenta de la alegre pijorrada.

¡Otra! pues estaria bueno que se quedaran callados!

* *

A riesgo de herir la modestia de un noble patricio, vamos á dedicarle unas líneas, sea con perdon suyo, si para ello no contamos con su autorizacion.

Don Mariano Gonzalez, dueño del gran Almacén de muebles establecido en la calle de la Habana, esquina

á la de Amargura, y capitán de la compañía de voluntarios de Puertos Grandes, acaba de abrir por su cuenta en dicho pueblo, un colegio para los niños de ambos sexos y pobres del mismo.

Rasgos de humanidad como el presente, y sobre todo, cuando se hacen sin ostentacion, ni publicidad, sino por un sentimiento de la más pura caridad, merecen el elogio cumplido de cuantos son sabedores de él, y el que nos ocupa, podemos asegurarlo, era conocido de muy pocas personas, fuera de las que reciben sus beneficios.

Este es el verdadero modo de hacer obras de misericordia; las demás, pierden mucho de su mérito cuando se anuncian y se propalan por todos los medios y por lo regular no suelen ser de tan benéfica trascendencia.

—Sr. Gonzalez, dispense usted la habladería de JUAN PALOMO, pero desde que supo su piadoso rasgo, no le cabia en el cuerpo y por esa razon lo ha echado á volar. Y siempre amigos.

* *

Uno... dos... tres mil gorriones
Ya pisaron estas playas,
Mandados segun oferta,
Por el Gobierno de España.
Ojo alerta, laborantes;
Cuberos, fuera esperanza,
Que como vienen de fresco
Refrescarán las espaldas
De los que por la manigua
Al fresco viven y bailan.
Son médicos de conciencia,
Que saben bien como sangran
Y que dejarán muy pronto
La insurreccion desangrada.

* *

El Demócrata, papel que se publica en Nueva-York, con pretensiones de periódico, aboga porque en vez de una, sean dos las Cámaras que legislen en *Cubita libre*, y teme por los cubanos si no dividen el poder legislativo. Aun lo quieren ustedes más dividido, estándolo ya por el eje?

Lo que *El Demócrata* necesita no son cámaras, si no camarás, como dicen los andaluces; pues se le van acabando.

* *

Nada mejor para conmemorar el segundo aniversario del alzamiento de Yara, que copiar unas líneas de *El Demócrata*, órgano de la insurreccion:

«Triste, dice, tristísimo es ver que á los dos años no hay plan fijo, combinacion precisa; nada que humanamente dé probabilidades de buen resultado, en cosa de tanta importancia, de tanta y tan urgente necesidad y para la que se emplean cuantiosas sumas, y lo que es peor, se esponen tantas vidas.

Todo se revela contra tan triste conviccion, la conciencia brama contra tanta..... desidia, negligencia, ó no sabemos qué.»

Tenemos que dar las gracias al *Demócrata* por habernos escrito este *sartenazo* con su chiste y todo.

* *

Un periódico inglés descubre el origen de las derrotas sufridas por los franceses.

Fracia no estaba preparada para la guerra, segun el *Daily News*, que este es el periódico, porque del presupuesto del ejército se distraían anualmente 50 millones de francos para cubrir los gastos extravagantes de la corte y los del servicio secreto que habia que mantener para conservar el amor de los súbditos al imperio.

¡Caras han salido al emperador y al pueblo las hechuras de este lujo!

Para encontrarle el chiste á este *sartenazo*, se necesita ser prusiano; sino, apuesto cualquier cosa á que no se rie V. aunque le hagan cosquillas.

* *

Una relacion de la batalla de Sedan, que tengo á la vista, dice que á eso de las tres y media el general Wimpffen, que la mandaba, hizo llegar á manos del Emperador, que se hallaba á la sazón en la ciudad, una carta para inducirle á ir á colocarse en medio de sus tropas, que se envanecerían de abrirle el paso.

El Emperador, en efecto, no pareció por allí, que es lo que hacen los valientes.

¿Qué apostamos á que si ahora hubiese necesidad de dirigirle otra cartita diría tambien el general que las tropas se envanecerían de abrirle... pero en canal?

* *

¿Qué me cuenta V?

El pobrecito vapor *Hornet*, aquel de los descabros

anteriores, está otra vez en poder de las autoridades.

¡Válgame Dios, qué mala sombra tiene ese vapor!

El que la tiene buena, de patente, es el inclito Jordan. Apenas se ha quitado de encima flojo lio, con la captura.....!

Lo de Jordan ha sido un negocio redondo.

Al mismo tiempo que aquí se desbordaban los rios, desembocaba en el mar otro rio, junto á Nueva-York.

A ese rio que se llama *Jordon*, le ha bastado un dique, que se llama *Lopez Roberts*.

Todo ha sido cambiar de cáuce, pues en vez de llevar su agua al océano la ha llevado á la Junta Cubana, que vé aguadas sus ilusiones.

Indudablemente la época que atravesamos es caldosa: por eso sale cada *potaje* que ya.....!

* *

Á LA NIÑA TERESA GONZALEZ DE QUEVEDO Y O'LOMBELL,
AL CONTEMPLAR SU RETRATO.

Niña pura, niña hermosa,

yo jamás te conocí;

pero me dice tu imagen

que has de ser un serafín.

Esa cabellera de oro,

que orla tu rostro gentil,

como encendido celaje

la faz del sol al salir,

con cuyos rizos graciosos

juega la brisa sutil:

dime, niña, ¿no es la aureola

que circunda al serafín?

Tu boca, donde las perlas

se engarzan en el rubí,

y que recuerda inocente

en su dulce sonreír

las delicias, que dejaste

al bajar del cielo aquí:

¿no es la boca con que entona

su cántico el serafín?

Y esa mirada profunda,

que, en tus ojos al lucir,

en sus pupilas refleja

la luz, que dentro de tí

irradia tu pensamiento,

de tu espíritu al sufrir:

¿no es el destello que lanzan

los ojos del serafín?

El cielo derrame, niña,

mil bendiciones y mil

sobre tu cándida frente;

proteja tu porvenir,

y miren en tí tus padres

la rosa de su pensil.

Niña pura, niña hermosa,

yo jamás te conocí;

pero te mando mi anhelo

de que Dios te haga feliz,

porque me dice tu imagen

que has de ser un serafín.

RAFAEL DE ARAGON.

Habana 11 de Agosto de 1870.

* *

Estas ó parecidas palabras decia JUAN PALOMO hace pocos dias:

«A un emperador remendado se le pega fácilmente, á un pueblo que lucha por su decoro y por rechazar al extranjero, no le pega nadie.»

¿He dicho algo?

El *Morro Castle*, acabadito de llegar á la Habana, trae un chorro de noticias.

Atencion:

Los prusianos rechazados de Versalles.—El ejército del príncipe real completamente destruido.—El derecho divino á punto de ser cazado ó muerto de un tiro.

Moltke tal vez en el Campo-Santo.

Al rey Guillermo se le ha vuelto del revés el embudo que lleva á la cabeza.

Lo estrecho para él, lo ancho para los enemigos.

Por este cambio el que antes era un rey de punta se ha convertido en rey de talón ó de talones, para hacer mas honor á su estirpe divina.

¡¡¡Esto es horrible!!!

IMPRENTA MILITAR, RICLA 40.